ESPIGANDO EN LA UTOPIA MEXICANA: VASCO DE QUIROGA

JUAN A. BRANDO
(UNMdP - CONICET)

RESUMEN

En este escrito se analizan las vinculaciones entre el humanismo europeo del siglo XVI y las aplicaciones utópicas llevadas a cabo en el nuevo continente por fray Juan de Zumárraga (1468-1548) y Vasco de Quiroga (1470-1565) quienes según Silvio Zavala sintiéndose aludidos por la broma moreana (*Utopía*, 1516) y embelesados por el tono general de la obra, decidieron llevarla a la práctica en las tierras conquistadas al otro lado del océano.

PALABRAS CLAVES: humanismo, centros hospitalarios, identidad americana.

ABSTRACT

The paper analyses the links between the 16th Century European Humanism and the utopian ideas taken to the new continent by fray Juan de Zumárraga (1468-1548) and Vasco de Quiroga (1470-1565). As Silvio Zavala wrote, these priests felt the influence of More's joke in *Utopía* (1516) and were spellbound by the general style of that work, deciding to make it real on the conquered land at the other side of the ocean.

KEYWORDS: Humanism, Hospitality Centers, American Identity.

I

La sola mención de la expresión "Utopía en América" conlleva para nosotros una serie de sugerencias. Estas pueden referirse, por ejemplo, al eterno debate acerca de las ideas previas que instaron al Lord Canciller a componer su *Utopía*. Sobre el asunto hay opiniones variadas, y según creo, de plausibilidad diversa. Quevedo fue el primero en proponer que la intención primordial de la obra era la de criticar la vida social y política de la Inglaterra de su tiempo (y así, su autor podría haber plañido "*¡guerra a los estados de cosas ingleses!*"). La descripción de la geografía utopiense y la referencia expresa a los

problemas del reino inglés están a su favor en buena medida. Con respecto a la insularidad, que a veces se considera concluyente, sería bueno examinar lo que sostiene G. Fernández:

La insularidad... cumple una función central en las utopías. La ubicación de éstas en islas es, en cierto modo –al menos entre otras cosas– un *guiño* del autor al lector para indicar que lo expuesto no ha de tomarse muy al pie de la letra; que lo que se propone es más “deseable” que “esperable”.¹

La cita mencionada es compatible con los comentarios de Tomás Moro hacia el final de *Utopía* acerca de su aplauso con respecto a la viabilidad de algunas instituciones utopienses y su reserva frente a otras, y en general, a la teoría de que deben discriminarse los elementos “livianos” y “pesados” del texto. No obstante, debemos reconocer que no se trata de una utopía cualquiera, sino de una precursora del género, por lo que podría decirse que es una de las que establece la inspiración insular. No sería estragado entonces, pensar por qué su autor decidió que *Utopía* estuviese en una isla (y aún más: por qué esa insularidad es deliberada, puesto que surge de la interrupción de un istmo que la maridaba al continente).

Esta hipótesis (*Utopía* como espejo invertido de Inglaterra), por razonable, fue seguida por interpretes como E. Reynolds. Otros acentúan la búsqueda de un programa de sociedad ideal a partir de un “nuevo comienzo” en otro distrito de la tierra. Esto no empequeñece, desde luego –sino que refuerza– la inspiración crítica hacia las comunidades europeas del siglo XVI, sobre todo a las protervidades de la clase gobernante y el desmesurado culto al “maldito dinero”.

Ya hemos repasado en otro lugar –lo que nos eximirá de hacerlo ahora– la fortísima vinculación de *Utopía* con los ideales religiosos y políticos del humanismo erasmista de la época. Hay que enlazar con este, otro elemento explanador no menos importante: el influjo en los círculos humanistas del xvi de las noticias (más o menos vagas o distorsionadas) del descubrimiento de América por parte de la expedición de Colón y la exploración efectuada por sus

¹ FERNANDEZ, G.: “Utopía y ficción”, p. 75, por atención de la autora.

varios sucesores. Es palmario el conocimiento que Moro tenía de los *Viajes* de Américo Vespucio, connivente con que Rafael Hytlodeo haya recorrido el mundo con él, hasta abandonar la navegación en la intención de sosegar su vida. Yo mismo me he atrevido, alguna vez, a conjeturar sobre esto:

...Moro se mueve a sus anchas en ese ámbito "vaporoso" (*Amauroto* es la "ciudad de la niebla") de ficción y realidad. La genialidad de Platón nos persuade de que ha existido cierto plátano, cierta fuente de donde brota un agua fresquísima, alguien que dice "eres repugnante, Sócrates" o "debe ser a causa de que a veces lo divino se te aparece". Del mismo modo en que algunos han sugerido que podía haber en Atenas "cierto Sócrates, sabio" al que Platón hubiese convertido, retocándole esto y lo otro, en el sileno estelar de sus diálogos, a mí me parece que no es nada extravagante, y hasta es atinado pensar que Moro oyó misa en Santa María de Amberes, que al salir se encontró con su amigo Pedro Egidio, que éste estaba acompañado de un hombre con capa y aspecto de marino y más aún: que este marino había conocido a Vespucio, y que juntos habían conocido a unos pueblos de hombres que no apreciaban el oro.²

Supongo que los historiadores no podrían descartar, sino que deberían admitir, la posibilidad de que Tomás Moro haya podido conocer los *Viajes* de Vespucio, que habrían alcanzado una difusión más o menos amplia, a más tardar, en 1507, es decir, nueve años antes de la redacción de *Utopía*. Sin embargo, E. Martínez Estrada, en un artículo llamado "El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba" tiende a pensar que, más que los viajes de Vespucio, habrían impresionado a Tomás Moro las *Décadas* de Pedro Mártir de Anghiera.³ Como era costumbre en la época entre los círculos intelectuales con casi todas las obras, las *Décadas* fueron editándose por partes y distribuyéndose en forma "clandestina". Tal cosa hace

² BRANDO, J. "Tomás Moro: su espada flamígera", ponencia presentada en las V Jornadas Nacionales Agora Philosophica "Utopía: teoría y praxis", AADIE, Mar del Plata, septiembre de 2006.

pensar a Martínez Estrada que Tomás Moro pudo conocer la primera parte, que versaba sobre la Isla de Pinos. La edición de 1504, según se admite, fue una traducción al veneciano. La que sigue, es sevillana y de 1511, es decir, cinco años anterior a *Utopía*, y cuatro después de la fecha que suponemos de difusión de los *Viajes* de Vespucio. No tenemos motivos, sin embargo, para descartar que el canciller haya podido conocer alguna copia latina –incluso inglesa– de la obra de Pedro Mártir, en el contexto de esa “clandestinidad” insondable. Martínez Estrada hace, además, una persuasiva –aunque algo obscura– vinculación entre la obra de Pedro Mártir y el Cardenal Cisneros, que ya sabemos que estaba en estrecho contacto con Erasmo y su círculo. Hemos dicho que en esa primera parte de las *Décadas* es donde se narra el descubrimiento de la actual Cuba. Así, Martínez Estrada afirma:

Esta parte de la obra, la única que se publicó antes de 1516 (año de la primera edición de *Utopía*) es, indudablemente, la que inspiró a Moro su libro famoso. *Utopía* es Cuba.⁴

¿Por qué, entonces, Moro introduce a Vespucio en lugar de referirse derechamente a Pedro Mártir? se pregunta este autor anticipándose a las posibles objeciones. Al parecer, porque las ediciones de las *Décadas* circulaban en privado, y el canciller inglés “necesitaba invocar algo conocido”.

II

Según lo apunta Silvio Zavala, hay otros personajes notorios que han sido –más seguramente que Tomás Moro– lectores de Pedro Mártir. Ellos son Vasco de Quiroga y fray Juan de Zumárraga. También –ya en el terreno de la presunción, aunque muy probablemente estudiado la *Utopía* de Tomás Moro. Mejor veamos lo que afirma Zavala

⁴ MARTINEZ ESTRADA, E. “El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”, en *Cuadernos Americanos*, mar.-abr. de 1963, vol. CXXVII, p. 94.

⁴ ZAVALA, S. “Letras de utopía: carta a don Alfonso Reyes”, en *Cuadernos Americanos*, mar.-abr. 1942, vol. II, p. 148.

En un ejemplar de la *Utopía* de la edición de Frobenius de 1518, de la propiedad del obispo de México fray Juan de Zumárraga, aparecían muchas y llamativas anotaciones marginales de letra del siglo, en los que el platonismo del Canciller y los más destacados rasgos de su república eran objeto de contemplación amorosa.⁵

Cotejando esta obra con una edición de las *Décadas* de Pedro Mártir que también perteneció a Zumárraga, Zavala pretende que las notas añadidas a una y otra han sido del mismo glosador, es decir, su dueño Zumárraga. Hace tales suposiciones para inferir que el obispo de México ha leído a Tomás Moro al igual que su amigo Quiroga, y que ambos pueden ser los santos preladados a los que Moro se refiere en la carta a Pedro Egidio, en la que se lamenta no recordar en qué mar exactamente estaba ubicada *Utopía*.

Efectivamente, la intención de Zavala, además de alegrarse por la deferencia con que Alfonso Reyes ha tratado su artículo *La Utopía de Tomás Moro en la nueva España*, es continuar la especulación que Reyes había iniciado con respecto a que Vasco de Quiroga fuese uno de aquellos religiosos. Zavala avanza bastante con respecto a lo que Reyes lanza como mera conjetura, y osa decir lo siguiente:

Es posible que Moro, mal comunicado con Roma por la herejía de sus coetáneos ingleses, ignorara que sus dos incógnitos recomendados pasaron al Nuevo Mundo y fueron los grandes obispos de México y Michoacán.⁶

Me sorprende un poco esta acepción tan seria de los comentarios de Moro en la carta a Egidio: hasta ahora, sólo conocía la interpretación según la cual el abogado de Lincoln's Inn ironizaba valiéndose de la curiosidad de algún religioso ambicioso y megalómano, que pretendía arrogarse la conversión espiritual de los utopienses (recuérdese a Vives en *Concordia y Discordia*

⁶ *Ob. Cit.* p. 151.

despotricando contra fatuidades semejantes)⁷. Sin embargo, obra a favor de esta otra la pertenencia de Zumárraga al humanismo erasmista.

En este punto, Zavala parece retroceder a una posición acaso más moderada y plausible: Zumárraga y Quiroga sintieronse aludidos por la broma moreana, y embelesados por el tono general de la obra, decidieron llevarla a la práctica en las tierras conquistadas al otro lado del océano.⁸

III

Es irrefutable que Vasco de Quiroga ha sido un lector entusiástico de la *Utopía* de Tomás Moro, puesto que en su *Información en Derecho*, del año 1535, admite que esa obra ha sido una importante influencia para la redacción del *Parecer*, un escrito suyo (anterior) que se ha perdido. Las *Ordenanzas*, que parece que se conservan, establecen el sistema de leyes que han regido en los centros hospitalarios fundados por Quiroga en Santa Fe y Michoacán.⁹

⁷ "...es que nosotros no atacamos la herejía sino al hombre: preferiríamos que pereciera el hereje a que se convirtiera, a no ser que de su conversión, como de una victoria nuestra, esperemos nombre y gloria" (J.L.VIVES, *El pensamiento vivo de Juan Luis Vives*, Buenos Aires, Losada, 1944).

⁸ La propensión de los humanistas a promover un proyecto político y cultural basado en la *Philosophia Christi* ha sido refrendada por un erudito como M.BATAILLON: "Habían decidido, por medio de una especie de juicio de Dios, la aptitud del cristianismo para realizar la comunidad espiritual de la humanidad, para promover la esperanza de una catolicidad cristiana en la paz y en la unidad" (M: BATAILLON, *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 37).

⁹ "Item lo que así de las dichas seis horas del trabajo común como dicho es, se hubiere, después de así habido y cogido, se reparta entre vosotros todos...de manera que ninguno padezca en el Hospital necesidad. Cumplido todo esto, y las otras cosas, y costas del hospital, lo que sobrare de ello se emplee en obras pías, y remedio de los necesitados, como está dicho en la segunda Ordenanza arriba, al voto, y parecer arriba dichos, y esto como dicho es después de estar remediados congruamente los dichos indios pobres de él, huérfanos, pupilos, viudos, viudas, viejos, viejas, sanos y enfermos, tullidos, y ciegos del dicho Hospital como dichos es, a los cuales todos en tiempo alguno guardando estas Ordenanzas, y concierto, nunca os podrá faltar lo necesario, y onesto en abundancia en este Hospital y colegio con toda quietud y sosiego, y sin mucho trabajo, y muy moderado y con mucho servicio de Dios nuestro Señor, que no habéis de tener en poco, pues es lo que nuestra verdadera Religión cristiana nos

En estos centros, las propiedades eran comunales, al igual que las labores campestres más importantes, si bien eran permitidas las huertas privadas. Los oficios agrarios eran obligatorios para todos los habitantes, disponiendo de otras tareas libres y actividades de recreo. Con una jornada de seis horas diarias, se procuraba que el trabajo no resultase penoso.

Los productos se repartían en forma equitativa, guardándose los excedentes para el auxilio de los enfermos e impedidos. Había despensas, almacenes y cofres del tesoro social. Las comidas y las fiestas religiosas eran públicas.

La organización política estaba encabezada por un rector, al que seguían varios principales y regidores. Ellos debatían en el Ayuntamiento para impartir justicia, desterrando a veces a quien consideraban díscolo o peligroso.

Vemos cada vez más de cerca como el gajo del iluminismo ibérico del siglo XVI ha querido transplantarse a América, para infundirle su vigorosa savia humanista. Esta breve reseña trata solamente de enterarnos sobre algunos temas que deben ser extendidos y profundizados, y no hay duda de que lo estarán siendo. Quisiera hacer constar, finalmente, algunas apreciaciones personales. En primer lugar, me pregunto por qué la notable influencia ejercida por *Utopía* en los personajes que hemos tratado no parece seguirse –al menos *prima facie*– por la lectura de otras obras de Tomás Moro, sobre todo las de carácter devocional.¹⁰ Me refiero, por último, a dos realidades que deberían resultarnos

manda, enseña y amonesta, que hagamos, como está dicho en principio.” (VASCO DE QUIROGA, *La Utopía en América*, edición de Paz Serrano Gassent, Historia 16, s/f.).

¹⁰ Leyendo un borrador de este artículo entre amigos, algunos de ellos me han inquirido sobre por qué no me ponía yo mismo a disipar estas dudas. No me creo en condiciones de hacerlo, pero no quisiera defraudar por completo sus sugerencias. Omitiendo las incursiones de Tomás Moro en la literatura, frecuentemente en inglés, habría que considerar algunas cartas en latín, que tienen un tono general de defensa de Erasmo, pero que difícilmente hayan sido publicadas en la época. En el período de 1520 a 1535, Moro se dedica a sus polémicas contra el protestantismo, y además de hacerlo en inglés, muestra un tono de pesadez retórica que hubiese sido difícilmente comprendido por quien estuviese fuera de Inglaterra y de las discusiones. La *Expositio Passionis Domini*, inconclusa, está escrita en latín sólo parcialmente, y, como la mayoría de las obras devocionales de Tomás Moro, pertenece al período tardío de su reclusión en la torre de Londres. No siendo *Utopía*, de indudable valor universal, la restante obra de Moro está demasiado apegada al humanismo inglés como para alcanzar la trascendencia editorial que sí pudo haber tenido Erasmo en el continente europeo.

espeluznantes: primero, que después de cinco siglos sigamos descubriendo América (porque, al decir de ALFONSO REYES, “¿quién ha dicho que América ha sido descubierta?”) y segundo, que después de más de veinte, continúen vigentes las palabras de los pobres en las *Saturnales* de Luciano, la obra que inspiró a Moro y Quiroga: *es justo, dicen, instituir la igualdad, para que no tengan unos más de lo necesario, y carezcan otros de todo placer.*

IV

Un fantasma recorría Europa durante la primera mitad del siglo XVI. Era este la difusión cada vez más insoslayable de la necesidad de una reforma religiosa y moral de la cristiandad. En esa época de extraordinaria feracidad cultural, los aires de renovación soplaban desde diversas y distantes regiones. En Italia, centro y canon de la civilización occidental durante muchos siglos, aparece el realismo político para subvertir unas teorías de la monarquía cuyas flaquezas eran cada vez más notorias. En Alemania, la reforma cuestiona el papado de roma y las posibilidades de diálogo se quiebran en la dieta de Worms. (Las revueltas populares son cada vez más díscolas y sobrepujan al mismo Lutero, que ya no puede sujetar al carlstadianismo, toma distancia de Zwinglio y repudia los levantamientos de Muntzer). Aunque Erasmo no gusta de España (*Non placet Hispania*, por el simple hecho de que está abarrotada de judíos) ésta, por el contrario, lo ha acogido calurosamente, en particular, desde la publicación del *Enquiridion*. La suerte ha querido que España, en cuyo corazón espiritual se debaten las principales contiendas entre la tradición y el iluminismo, sea la que contemporáneamente –y no por intereses casuales- se lance a la mar a descubrir un nuevo continente. Pero este hecho, lejos de ser exclusivamente español, conmovió a toda Europa, y tuvo su influjo en el humanismo cristiano en pleno surgimiento, moviéndolo a columbrar que el viejo sueño de la ciudad dorada, de Cucaña, de Jauja, podía ser reinventado a la luz del nuevo ensanchamiento del mundo. América se debatiría a partir de entonces, entre la utopía de Tomás Moro, la utopía erasmiana del pacifismo y la unidad religiosa, o la criminalidad de los reinos y el papado de Roma. En términos viveanos, eran el proyecto de la espada o el de la caridad:

No fue guerra de espada y fuego la que aquel maestro celestial y único hijo de Dios vino a traer a la tierra, sino guerra de caridad por la que todo se incendiase de amor.¹¹

Podemos imaginar cómo la espada, charra y efectiva, se ha abierto camino en América en forma rápida y virulenta. Antes de que muriese Tomás Moro (alrededor de 1540) ya se habría hecho algún daño. Los documentos sobre esto serán abundantes.

Pero la atrocidad cometida por la espada tiene su contrapartida, a menudo, en la religión como liberadora del fuero íntimo, y en el caso de este Cristianismo (el de Erasmo y los suyos) como promotora de un ideal de humanidad. Se dirá que la espada ha influido más y mejor. Es la reflexión del Vizconde de Chateaubriand:

Los europeos se combatían unos a otros por todas partes: un puñado de extranjeros distribuido en inmensos continentes parecían no tener terreno donde situarse. Aquellos hombres no sólo se disputaban unas tierras y unos mares donde esperaban hallar oro, diamantes y perlas,... sino que se degollaban mutuamente por la posesión de una roca esterilizada por las nieves de los polos, o por una mezquina morada en un rincón de aquel vasto desierto. Aquellas guerras, que no ensangrentaron al principio más que los lugares que las vieron nacer, se extendieron con las colonias europeas a toda la superficie del globo, envolviendo en sus horrores a los pueblos que ignoraban hasta el nombre de los países y de los reyes a quienes eran inmolados.¹²

De la lectura de otros pasajes de Chateaubriand se desprende, según creo, una hipótesis que no carece de interés: los tipos humanos de América surgen de una mezcla (a su entender, malsana) de europeos y aborígenes, en la que han incorporado

¹¹ VIVES, J. L. Op. Cit. p. 93.

¹² CHATEAUBRIAND, Op. Cit., p. 40.

(sobre todo, por parte europea) rasgos criminales y esclavistas. Si debemos, al menos, atender estas razones, no haríamos bien en convertirnos en objetores de conciencia de nuestro pasado o en execradores de una “maldad” entendida como propiedad esencial de nuestra identidad americana, al ser eventualmente prohiada por una época sangrienta. La herencia de la caridad no ha sido mucha ni poca. Su cuantía depende, más bien, de la reivindicación y evocación que constantemente hagamos de ella.